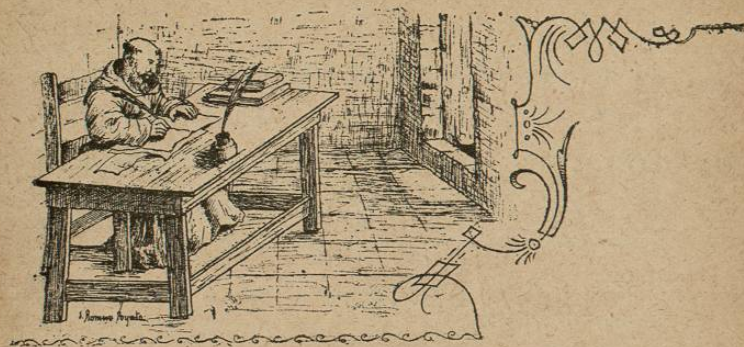


narse los días de tu peregrinación sobre la tierra. Sí, Madre mía, vuelve entonces á mí tus ojos misericordiosos; porque,

Si tú me mirares
Afable, halagüena,
Con boca risueña,
Mi pecho ¿qué hará?
Saltar de alborozo,
Y estorbos, rompiendo,
El alma saliendo
A ti volará....

Si, á ti volara, María, para cantarte las finezas de su amor en la eternidad del cielo.



XXI.

En mi Celda.

HACE pocas horas, que una voz dulce hería mis oídos y penetraba mi alma con estas coplas que lanzaba al aire, cual si fueran quejas de un corazón herido.

El camino de la vida sembrado está de ilusiones, flores que el sol seca un día y el viento arrastra una noche.

Esas flores que abundantes en mi corazón brotaron, son hojas que arrastra el viento, el viento del desengaño.

¡Cuánto sentimiento! Cuánta poesía y cuánta verdad! Los vientos del desengaño arrastran y amontonan á nuestro alrededor tanta hojarasca de ilusiones desvanecidas y esperanzas frustradas, que bien podemos mirar la vida como un puro y continuado desengaño. Sí! Desengaños! esta es la vida!

Pero en mi estado y á mi edad, ¿puede hablarse de desengaños? Creo que sí! Ya he llegado á la alta cúspide que forman entre sí las dos pendientes de la vida; desde aquí vuelvo la cara para contemplar por donde he subido, y, al ver sombrío y triste lo que me pareció alegre y risueño, al ver secas y hediondas, flores que me parecieron fragantes; al ver convertido en rígido y helado invierno lo que tuve por eterna y hermosa primavera, exclamo entristecido: Desengaños! esta es la vida!

Y miro hacia adelante; tiendo mi vista por la otra pendiente que ya comienzo á bajar, y al verla pálida, como las hojas de otoño, yerta y fría, como los hielos del polo, y lindante con las playas de la muerte, donde todo acaba y donde va por fuerza á

perderse la existencia humana; al ver eso, brotan de mi corazón y acuden á mis labios estos melancólicos cantares:

Peregrino fatigado,
en mitad de mi carrera,
veo la ilusión postrera
entre las sombras huir:
y al fijar desencantado
en torno mío los ojos,
me atormenta y me da enojos
el oscuro *porvenir*.

Si á la dulce infancia miro,
hacia atrás volver deseo;
si á la vejez, allí veo
miseria y dolor no más!
mi presente es un suspiro
angustioso y anhelante;
desengaños adelante!
y desengaños atrás!

Oh cuantos desengaños tiene la vida
Falaces son sus encantos, como los espejismos del desierto; vana su hermosura, como sueño de imaginación calenturienta; fantásticas sus grandezas, como paisaje de linterna mágica; fugaces son sus riquezas, como sombras que huyen; falsa su gloria, enga-

ñosa su ciencia, aparente su brillo, ilusoria su dicha y vanas todas las esperanzas que en ella se colocan. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas!* Esta es la vida! vanidad y desengaño!

*
* *

Pero te doy gracias, oh Dios mío! porque los desengaños de mi vida jamás han sido amargos ni crueles como el remordimiento, sino tristes é inocentes, como el llanto de un niño asombrado. Jamás me han alejado de tí los desengaños, sino que más bien me han empujado hacia tus brazos, y me han obligado á buscarte, como busca el niño asustado el regazo de su madre, seguro de hallar en él acogida amorosísima y consuelo verdadero.

Desde niño me enseñaron á guardar libre mi corazón de todo cautiverio; y aunque él quiso algunas veces perder su libertad, y cautivarse y atarse con lazos de afectos purísimos y nobles, lícitos y santos, ja-

más tu bondad divina ha permitido que fuera esclavo de nadie, más que de tu amor. ¿Cómo te agradeceré, Dios mío, tan inmenso beneficio? Yo te repito millones de gracias, porque mis desengaños no han sido nunca de esos que matan ó destrozan el corazón y lo arrojan al abismo de la desconfianza ó al mar de la desesperación.

Nunca me engañaron las riquezas, porque jamás confié en ellas, ni puse en ellas mi corazón. Jamás me sedujo el brillo del oro, ni me llenaron los bienes caducos de la tierra. Jamás me atrajeron las honras ni soñé con las dignidades; y desde que te conocí, ¡oh Dios mío! me inspiraron asco las hermosuras terrenas y me causaron horror los placeres de la vida, las diversiones y pasatiempos del mundo. Tu gracia mostróme esas cosas como indignas de mí, como tropiezos de mi glorioso camino y como fuentes de amargura: huí de ellas, y por eso no me han seducido ni engañado. Bendito seas!

Mas ¡ay! puse una vez mi dicha en la adquisición de la sabiduría, en el estudio

de las ciencias y... *ecce vanitas!* he aquí uno de mis desengaños. Qué ansias por acercarme al santuario de las ciencias! Qué afanes, sudores y desvelos por penetrar en su recinto sagrado! Esta fué una de las ilusiones más acariciadas de mi juventud. Qué deseos de entrar en ese templo del saber, para conocer y saludar los ídolos de sus altares, que me parecían semidioses! Y me abrieron sus puertas, entré, y aprendí á saber que no sé nada, única cosa que aprende el que más sabe y más estudia. Qué desengaños!

Cansado del estudio, quiso mi corazón poner su dicha en la fama y en la gloria. Pero qué es todo eso? Fama, renombre, gloria, celebridad, ¿qué sois? Sombra que pasa, humo que el viento se lleva, murmullo de agua que corre, eco agradable que se pierde en el espacio, rumor grato de alabanzas que hincha al alma, la embriaga y la adormece. Y eso, ¿para qué sirve en el mundo? En qué puede eso contribuir á la felicidad verdadera? ¡Pobre corazón herido por el desengaño! Dime, la celebridad, el

renombre y la fama, ¿podrán curar tus heridas y hacerte feliz en tu desgracia? ¡Qué irrisión!

Celebridad decantada,
Grandeza y gloria del mundo,
Sois luz que dura un segundo,
Humo, tierra, polvo y nada!

*
* *

Mi sagrado ministerio me ha obligado muchas veces á ponerme en contacto con el mundo, y el mundo es un semillero de horrorosos desengaños. ¿Qué hay en él que no se resuelva en egoísmo puro, vanidad insoportable, intenciones torcidas, rivalidades mezquinas, bajas concupiscencias, intentos depravados, procedimientos rastreos, mentiras descaradas, intrigas escandalosas, engaños y traiciones sin cuento? Y he visto muchas veces cubierto con el velo sagrado del patriotismo, de la humanidad, de la virtud, de la dignidad, del sacrificio

y de la caridad; palabras santísimas que los hombres envilecen para ocultar con ellas sus vicios. Estos desengaños sí que espantan y obligan á exclamar: Mentiras! vicios! farsa! desengaños!; esta es la vida que llaman de sociedad!

¡Ay, alma mía! en tu inexperiencia tenías á los hombres por leales y sinceros; creías que todos los corazones eran tiernos y amorosos, y has hallado que muchos son duros y egoístas, falaces y mentirosos. Oh dolor! has hallado la calumnia posada en algunos labios que te alababan y adulaban, y la traición en algunos corazones que aparentaban quererte, y que por ventura te quisieron con un cariño fugaz y pasajero, semejante á la flor de un día.

Yo vi, en hermosa mañana de primavera, pintadas flores que amorosas besaban con su aroma y abrazaban con sus pétalos las gotas del rocío que la aurora depositó en sus cálices; pasé más tarde junto á ellas, y las mismas flores habían inclinado su corola, como para despedir las perlas del rocío, derramarlas en tierra y convertirlas en

asqueroso fango. Como estas flores traidoras, son muchos corazones y muchas almas! ¡qué desengaño!

Pero ven acá, corazón mío! ¿Por qué te quejas de ese modo? ¡Cálmate! reflexiona! y verás que te quejas sin razón, ó que te quejas de ti mismo; pues, bien mirado, tú eres el engañador de ti propio. Criado por Dios para ser feliz, inmortal, dichoso y bienaventurado, te has pasado cuarenta años pensando en la bienandanza, en la dicha y en la inmortalidad; has creído hallar todo eso en la tierra, lo has vislumbrado á lo lejos, has corrido tras ello para abrazarlo con pasión; abristes los brazos, y, al cerrarlos, hallastes entre ellos una sombra, la nada, el desengaño.

Mas ¿por qué miraste á los hombres y á las cosas al través de ese prisma engañador? ¿Por qué has esperado de ellos y de ellas, lo que jamás pueden dar, porque no lo tienen? ¿Por qué hiciste de la vida un cuadro encantador, si es la vida un cuadro de tristezas? ¿Por qué tomaste á la tierra por palacio siendo cárcel, y por patria sien-

do destierro? ¿Por qué te prometiste á ti mismo, lo que ni tú ni nadie puede darte? ¿Por qué te prometiste dicha, siendo desterrado, y exención de pena, siendo culpable y reo? Reconócelo pues! Aquí tú eres el engañado y el engañador, pobre corazón mío!; pero no llores tus desengaños, que tú hallarás la dicha, si la buscas donde está, que es en Dios.

*
**

Huyendo de los desengaños, me refugié en la amistad, y.... ¡qué consoladora es la amistad verdadera y santa! Como vigoriza la vida del corazón! La vida de los sentidos es de suyo harto grosera y baja; la de la inteligencia, demasiado alta y demasiado fría; pero la del corazón, ay! esa sí que es vida deliciosa y agradable! Las afeciones constituyen el alimento de esa vida, y el amor es la atmósfera en que se desenvuelve; pero, ay dolor! esa atmósfera templada de suyo, llega un tiempo en que se

enfría, y los afectos se hielan, y el cariño se seca, y la amistad se extingue y el amor muere.

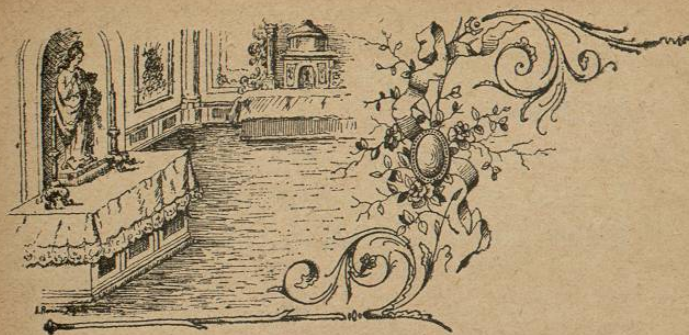
Es posible? Muere el amor? Se apaga la llama del cariño? Se secan las fuentes de la amistad? Se hielan los afectos del corazón? Sí! quién lo duda? El amor muere! la amistad se extingue! y la llama del cariño se apaga, porque arde en corazones humanos. Aquí es donde las almas sensibles sufren sus mayores y más tristes desengaños. Quizás por eso mismo cantaba la otra:

Esas flores que abundantes,
en mi corazón brotaron,
son hojas que arrastra el viento,
el viento del desengaño.

Alma, que así lloras tu dicha perdida, escúchame, que te voy á dar un preservativo contra los desengaños de la vida. Tu destino es muy glorioso, no lo olvides jamás! Tú estás destinada á poseer lo perfecto, y por eso buscas la perfección en todas las cosas. Estás llamada á poseer la hermosura infinita, y por eso te encanta lo hermoso

donde quiera que lo hallas. Estás destinada á nadar en riquezas, á vivir coronada de gloria y de dicha, y esta es la causa de sentir en tí sed de gloria, de felicidad y de riquezas. Estás llamada á sumergirte en el mar inmenso de los amores eternos, y por esto buscas la perpetuidad en tus amistades y en tus afectos. Desgraciada de tí, si buscas en las criaturas ésto que sólo en el Criador se halla! Ay de tí, si no sabes guardar libre tu corazón! Cuántos desengaños sufrirás! Quieres verte libre de ellos? Pues no pongas tus esperanzas, ni busques tu felicidad en las criaturas! Búscala en Dios y pon en Él toda tu confianza, que de Él jamás sufrirás un desengaño!

Pon en Él tu confianza,
pues es Dios tan bueno y fiel,
que el alma que espera en El,
cuanto espera, tanto alcanza.



XXII.

Ante su Altar.

Desahogos con el Sagrado Corazón de Jesús

Atí me acojo en mi dolor sombrío,
Divino Corazón, dulce y clemente;
Aquí vengo á tus pies, Salvador mío,
No me niegue, Señor, tu pecho ardiente
El calor que me niega el hombre impío.

Cual náufrago infeliz que con espanto
Busca abrigo en la playa semiyerto,
Así vengo yo á tí, Corazón Santo,
Buscando lenitivo á mi quebranto
En tu seguro y bonancible puerto.

Cansado de sufrir á tí me acojo
Del mundo y del infierno perseguido;
Perdóname, Señor, aqúeste arrojó,
Y mira con piedad, no con enojó,
El triste corazón de un desvalido.

Piedad, Señor, piedad! cese la guerra
Que contra mí el averno ha suscitado;
A la calumnia vil la boca cierra,
Que me espanta, Señor! Señor me aterral
Verme dentro y de fuera calumniado.

Qué crimen cometí? cuál fué el delito
Para ser injuriado de tal modo?
Éslo quererte á tí, Dios infinito,
Y querer que te quiera el mundo todo,
Como yo lo requiero y solicito?

Es crimen conculcar al mundo insano
Y arrojárló al desprecio y al olvido?
Es delito quizá tender la mano
Al huérfano infeliz que está caído,
Abrazarlo y decirle: eres mi hermano?

Pues entonces ¿por qué tan iracunda
Me persigue la envidia rencorosa?

Oh que amargo pesar mi pecho inunda!
Oh que herida me causa tan profunda
La traición de los hombres alevosa!

Si fuera mi adversario ó mi enemigo, (1)
Quien sañudo y feroz me persiguiera,
Entonces... yo callara y lo sufriera!
Mas la negra traición del que fué amigo,
Quién la puede sufrir? quién la tolera?

Aquellos que á mi mesa se sentaban... (2)
Los mismos que mi alma más quería...
Aquellos que á mis pechos se criaban...
A la vez me vendían y adulaban
Con audaz y estudiada felonía.

Por qué, Señor, así me ha sucedido?
Ay! acaso, buscándote yo almas,
Me apartaba de tí! y tú has querido,
Para volverme á tu amoroso nido,
Que el mundo contra mí vuelva sus armas.

Si fuere así, mi Dios, vengan baldones!
Cien mil calumnias contra mí se digan!

(1) Salm. LIV. 13.

(2) Salm. LIV. 15.

Lluevan ya sobre mí persecuciones!
Que á los que me calumnien ó persigan,
No un perdón, le anticipo mil perdones!

Pero dame acogida en ese nido,
Escóndeme, Señor, en tu sagrario,
Tenme cerca de tí bien guarecido;
Y alce luego su brazo mi adversario,
Que dé mí no será ya más temido.

Aguce contra mí su lengua impía
Y escupa su veneno emponzoñado;
Que de alivio ha de ser al alma mía,
Pensar lo que la tuya sufriría
En la cruz moribundo y calumniado.

Con tu pena mi pena juntar quiero,
Mi amargura juntar con tu amargura,
Mi pesar con el tuyo, y así espero
Hallar algún alivio á mi tristura
En este trance de dolor tan fiero!

Aquí me tienes, pues, triste y llorando,
Postrado ante tu altar, Jesús piadoso,
Mis pesares en tí depositando;

Atiende á mi dolor, que es horroroso,
Y no me dejes más, así penando.

Consuélame, Señor! que á tí me acojo,
Del mundo y del averno perseguido;
Perdóname, Jesús, aqueste arrojado,
Y mira con piedad, no con enojo,
El triste corazón de un afligido.

